



LA VUELTA

Tres días después, Dios Padre aguardaba la llegada de su hijo.

El dolor y el sufrimiento de Jesús, por amor a la Vida y a la humanidad, ya era pasado. Aún resonaban en sus oídos las palabras de la entrega fiel de su hijo en la cruz: *“Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”*.

Ahora volverían a estar otra vez juntos Padre, Hijo y Espíritu. Pero aún dolorido ante todo lo ocurrido pensaba:

“El tiempo de espera se me hace eterno, no veo el momento de tener a mi hijo otra vez ante mis ojos, escuchar su voz, aspirar su olor, acariciar sus recientes heridas, besar sus mejillas y fundirnos en el abrazo eterno. Tomaré su cabeza con mi mano derecha y mi izquierda la pondré sobre la hendidura de su costado. Le diré que ha pasado el invierno, que las lluvias cesaron y que ha llegado la estación de las canciones...”

Treinta y tantos años antes, habían tomado la decisión.

La generosidad de Dios y el cumplimiento fiel con la alianza histórica, impulsó el envío de Jesús a acampar entre los hombres y mujeres del mundo. Gracias al consentimiento de una mujer, María, y el aliento del Espíritu divino, nació Jesús como hombre judío, y así su palabra y su presencia habitaría físicamente con la humanidad.

Durante el tiempo de vida de Jesús, el Espíritu había mantenido el lazo íntimo de unión entre ellos, pero Dios echaba de menos la presencia de su hijo. La inminente llegada de Jesús le invadía de deseo.

Se había cumplido en Jesús su palabra:

“Como desciende el agua de lluvia y la nieve del cielo y no vuelven sin antes empapar la tierra, preñarla de vida y hacer geminar para que dé simiente al que siembra y alimento al que ha de comer, así será la palabra que sale de mi boca, no volverá a mi sin cumplir su cometido, sin antes hacer lo que me he propuesto: será eficaz en lo que la he mandado” (Is 55, 10-11)

Tras el sufrimiento de la pasión llegaría la resurrección, la vuelta casa, la vuelta a Él. Y así fue. Y Jesús murió. Y bajó a los infiernos. Y subió a los cielos. Y fue entonces, ya todo consumado, cuando por fin se presentó ante el Padre que, sentado en su trono, le esperaba. La felicidad les inundó y el momento se iluminó. En la quietud, unidos por los ojos, sentidos por sus manos, en silencio, respiraron ambos el ansiado aroma del amado. Sin palabras y sin voz que pueda oírse vivieron la eternidad en un instante. Entonces, se miraron con la profundidad y la grandeza de la luz eterna y se fundieron en el Espíritu.

Pero la felicidad por el regreso estaba velada, aún no podía ser total, pues las cosas en la tierra no eran como ellos habían soñado. Juntos, abajaron la mirada e inclinaron sus oídos para escuchar a la humanidad y vieron que aún faltaba mucho por hacer; todavía reinaba la injusticia y la desigualdad; había niños abandonados y sin cariño; mujeres despreciadas y violentadas; hombres desarraigados, solos, enfermos y desorientados; familias desestructuradas; ilusiones sin lograr; dones sin explotar; bienes sin invertir; hambre, egoísmo, destrucción y maldad.

Entonces, sentados, Dios en el centro, Jesús a su derecha y el Espíritu con ellos, se quedaron en Su silencio. Y en silencio, con palabra clamorosa, mantendrían eternamente Su presencia en la humanidad por medio del Espíritu, tal y como había prometido Jesús a aquellos que se habían quedado en Jerusalén mirando al cielo, a aquellos que anhelaban la vuelta del que acababa de resucitar, porque habían creído en la Vida abundante, plena y eterna para todos los hombres y mujeres de cualquier raza y religión: hijos de Dios sin distinción.

Isa Cano